

al pueblo de Dios. Continúan hasta que la raza humana haya tenido suficiente, hasta que hayamos aprendido nuestra lección y lleguemos al punto en que no podamos imaginar rebelándose de nuevo, y entonces el juicio se sienta y a Cristo se le concede Su reino.

Es en ese momento cuando la amada novia vuelve a la vida y se une a su Príncipe una vez desconsolado en el Jardín.

1. Diana Preston, Taj Mahal: Pasión y genio en el corazón del imperio mogol (Nueva York: Walker and Company, 2007), 3.

2. Rabino David Sykes, Paüerns in Genesis and Beyond (s.p.: Paüerns Publications, 2014), 4.

3. Sykes, 57 años.

* Estoy, por supuesto, simplificando demasiado una filosofía bastante compleja. No me refiero a lo que la filosofía enseña, sino al efecto que tiene en el optimismo humano.

6

Entendiendo el Sacrificio

Me senté al otro lado de la mesa de mi buen amigo, un hombre al que conocía desde hacía muchos años antes de convertirme al cristianismo.

"Lo que realmente no entiendo", me dijo durante el almuerzo, "es este asunto sobre el pecado y la salvación. ¿Puedes explicarlo?"

Miré mi reloj; Tenía diez minutos hasta que tuve que salir a una cita. ¿Cómo podría yo esperar explicar ese tema de una manera Diez minutos? Por supuesto, no quería perder la oportunidad de testificar, así que le di un bosquejo bastante tradicional del plan de salvación: algo que algunos cristianos llaman el "Camino Romano a la Salvación", una serie de cuatro textos del libro de Romanos que describen cómo un pecador llega a Cristo. Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23), y "La paga del

pecado es muerte" (Romanos 6:23). Esa es la mala noticia. La buena noticia: "Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:8), y si confesamos nuestro pecado y profesamos que Jesús resucitó por nosotros (Romanos 10:9), Su muerte por nosotros se aplica a nosotros, y somos perdonados por Cristo. "Por tanto", concluye una presentación típica de la Ruta Romana, "puesto que hemos sido justificados por medio de la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (Romanos 5:1). Ya no somos condenados por nuestros pecados una vez que estamos en Cristo (Romanos 8:1)

Es una manera rápida y fácil de enmarcar una discusión sobre el pecado y la salvación, pero es solamente un breve resumen, y las mentes inquisitivas casi siempre comenzarán a sondearlo más profundamente. Mi amigo fue algo satisfecho con mi respuesta y, dadas las limitaciones de tiempo, no empujó más la discusión. Sin embargo, me di cuenta de que todavía tenía preguntas. La mayoría de las personas lo hacen, y una de las preguntas más frecuentes que se les ocurre a las personas que exploran el Plan de Salvación es la siguiente: ¿Por qué me salva la muerte de Cristo?

Es una pregunta que te mantendrá explorando las Escrituras por el resto de tu vida, porque cada vez que encuentres una respuesta, descubrirás más y más preguntas. El tema es complejo porque involucra a un Dios infinito, e involucra preguntas a las que podemos nunca tener una respuesta.

Tomemos, por ejemplo, la pregunta más apremiante con la que los filósofos occidentales han luchado: ¿Cómo explicamos el mal cuando Dios, el Creador de todo, es supuestamente bueno, amoroso, todopoderoso y perfecto? Algunos se refieren a esta cuestión como "el problema del mal", y comenzando con el filósofo del siglo XVII Gottfried Leibnitz, muchos eruditos se refieren a nuestros intentos de explicarlo, de defender la bondad de Dios frente al mal, como teodicea. Sin embargo, uno de los problemas clave que enfrentamos al practicar la teodicea es el hecho de que simplemente no hay una explicación satisfactoria para el mal. Elena de White lo expresó así:

Es imposible explicar el origen del pecado para dar una razón de su existencia. Sin embargo, se puede entender lo suficiente concerniente al origen y a la disposición final del pecado para manifestar plenamente la justicia y la benevolencia de Dios en todos sus tratos con el mal. Nada se enseña más claramente en las Escrituras que Dios no fue de ninguna manera responsable de la entrada del pecado; que no hubo una retirada arbitraria de la gracia divina, ni una deficiencia en el gobierno divino, que diera ocasión para el levantamiento de la rebelión. El pecado es un intruso, para cuya presencia no se puede dar ninguna razón. Es misterioso, inexplicable; Excusarla es defenderla. Si se pudiera encontrar una excusa para ello, o mostrar la causa de su existencia, dejaría de ser pecado.¹

El Sistema de sacrificio

Lo que el sistema de sacrificios reveló acerca del pecado es cuán horrendo es realmente. Los pecadores, cegados por el orgullo y el egoísmo, pierden fácilmente de vista la gravedad del pecado. El pecado significa que no estamos en armonía con nuestro Creador, y la forma en que vivimos nuestras vidas se convierte en una mentira viviente acerca de quién es Él. Hemos introducido el dolor y el sufrimiento en Su universo, por lo demás perfecto. ¿El precio por destruir la felicidad? ¿Por comprometer la creación perfecta de Dios? Muerte.

El sistema de sacrificios proporcionó un recordatorio aleccionador de cuán serio es nuestro problema: dónde estamos en relación con un Dios perfectamente justo. Pero al mismo tiempo nos recuerda lo abrumadora que es la misericordia de Dios. Aunque el precio del pecado no podía ser simplemente desestimado, Dios se hizo Hombre y tomó nuestro castigo sobre Sí mismo. Con cada sacrificio, los pecados eran confesados. Había una admisión de culpa, y luego esa culpa era simbólicamente transferido a un cordero, a un toro, a una cabra, a algún animal limpio. Sin embargo, ninguno de los innumerables sacrificios a lo largo de los siglos salvó a un solo

individuo. "Porque no es posible", nos informa Hebreos, "que la sangre de los toros y de los machos cabríos pueda quitar los pecados" (Hebreos 10:4).

Los sacrificios eran un acto de fe, una decisión de un pecador de poner todas sus esperanzas en la obra de un Mesías venidero. A través de los sacrificios, el pueblo de Dios esperaba la Cruz, ejerciendo la misma esperanza que Nosotros Ejercicio cuando miramos Atrás a la Cruz. Los meros rituales no reconciliaban a los pecadores con Dios; toda la economía del templo era realmente una cuestión del corazón: podías ofrecer todos los corderos que quisieras, pero si lo hacías por un mero sentido de obligación, sin remordimiento y sin intención de reconciliarte con Dios, era un esfuerzo inútil. Cuando los sacrificios se convirtieron en un mero ritual, Dios cerró el templo y envió a su pueblo a Babilonia.

Esta comprensión es la clave para descifrar la difícil historia de Caín. A primera vista, un lector casual podría tener la impresión de que Dios simplemente no lo hizo gustar Caín, y por eso rechazó arbitrariamente su sacrificio. Sin embargo, el libro de Hebreos ilumina la historia, señalando que el sacrificio de Abel había sido una cuestión de fe mientras que la de Caín no lo era. Un hermano simplemente estaba haciendo las cosas por inercia. "Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que el de Caín" (Hebreos 11:4).

El espíritu de Caín está vivo y coleando en cada corazón. Incluso los cristianos de toda la vida continúan luchando con el pecado y la fe. "Yo muero cada día" (1 Corintios 15:31), escribió Pablo a los corintios. Hay un requisito diario de dejar a un lado nuestro orgullo y negar al yo pecaminoso sus deseos carnales. Así como los creyentes del Antiguo Testamento tenían que ofrecer sacrificios continuamente, recordándose a sí mismos su relación de pacto con Dios, los creyentes del Nuevo Testamento necesitan mirar hacia atrás a la Cruz y recordarse a sí mismos, diariamente, que somos salvos por gracia a través de la fe (Efesios 2:8). Eligimos, a diario, vivir como si creyéramos que las promesas de Dios son verdaderas.

Esto no significa, sin embargo, que debamos entrar en pánico por los pecados que ya hemos confesado a Dios. La salvación no es una cuestión de marcar todas las casillas en un inventario celestial de pecados, asegurándote de que te arrepientas sistemáticamente y vuelvas a arrepentirte de cada pecado que hayas cometido. "El que se baña no necesita más que lavarse los pies, pero está completamente limpio" (Juan 13:10), Jesús tuvo que recordarle a un Pedro demasiado entusiasta, que parecía desear ser bautizado de nuevo (versículo 9). No queremos que nuestra relación con Cristo se convierta en una cuestión de registro de memoria; ponemos toda nuestra vida en el altar, eligiendo creer que Cristo puede perdonar.

La profecía depende de la cruz

¿Cómo nos salva la muerte de Cristo? Esa es una pregunta que no puede ser adecuadamente explorada en unas pocas páginas; Los cristianos han escrito muchos millones de páginas sobre el tema, y nunca se han agotado. Pero nosotros enlatar Saca algunas lecciones sencillas de los sacrificios que fueron sombra de la Cruz. El cordero tenía que ser perfecto, sin mancha (Éxodo 12:5; cf. 1 Pedro 1:19). Desde Adán en adelante, ninguna vida humana ha revelado la gloria de Dios. Todos hemos sido comprometidos; la imagen de Dios ha sido fatalmente destrozada en nosotros. Pero luego vino Cristo, el "postrer Adán" (1 Corintios 15:45), el único que ha vivido una vida humana que satisface las santas normas de Dios. Su vida es ofrecida por nosotros; Él paga nuestro castigo (la muerte) y luego ofrece Su vida perfecta por nosotros. "Cristo fue tratado como nosotros merecemos", resume elocuentemente Elena de White, "para que nosotros pudiéramos ser tratados como Él merece. Él fue condenado por nuestros pecados, en los cuales no tuvo parte, para que nosotros fuéramos justificados por su justicia, en la cual no tuvimos parte. Él padeció la muerte que era nuestra, para que nosotros recibiéramos la vida que era suya. «Con

Sus llagas nos han curado'. "²

En otras palabras, no es sólo la muerte de Cristo que nos salva, sino también su vida. Al convertirse en uno de nosotros, nos acercó más a Dios de lo que nunca habíamos estado, incluso antes de la Caída. ¿Cómo? Dios el Hijo es Ahora uno de nosotros, y Él elige permanecer así para siempre. Se nos dice que Dios "no solo le dio para que llevara nuestros pecados y muriera como sacrificio nuestro; Él lo dio a la raza caída".³

Toda la profecía depende de esto; leer la profecía sin la cruz es perder todo el punto. La profecía a largo plazo de Daniel 9, que describe los tratos de Dios con su pueblo del pacto en el futuro, es enteramente centrado en el sacrificio del Mesías el Príncipe. Las asombrosas profecías del Apocalipsis no cobran realmente fuerza hasta que hemos visto a Jesús, el Cordero inmolado, ser declarado digno de abrir los sellos y lanzar la obra de la iglesia en la tierra (Apocalipsis 5, 6). Nada acerca de nuestra fe es verdad, nada es efectivo y no hay esperanza, a menos que Jesús haya vivido como uno de nosotros, haya muerto y luego haya resucitado de entre los muertos para representar a la raza humana ante el trono:

Pero si no hay resurrección de los muertos, entonces Cristo no ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, entonces nuestra predicación está vacía y vuestra fe también está vacía. Sí, y somos hallados falsos testigos de Dios, porque hemos testificado de Dios que Él resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si es que los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, entonces Cristo no ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es vana; ¡Todavía estás en tus pecados! Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron.

Si sólo en esta vida tenemos esperanza en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres (1 Corintios 15:13-19).

[1.](#) Elena G. de White, *Ve El gran conflicto* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1950), 492, 493.

[2.](#) Elena G. de White, *Ve El Deseado de Todas las Gentes* (Mountain View, CA: Pacific Press®, 1940), 25.

[3.](#) Blanco, 25.